

Fernando Henrique Cardoso. **La Nueva Agenda.** *En publicación seriada Tareas*, Nro. 115, septiembre-diciembre 2003. Ceta, Panamá, R. de Panamá. P.p. 105-108.
ISSN: 0494-7061. Disponible en la web: <http://168.96.200.17/ar/libros/tar115/cardoso.rtf>
Indice de la Publicación: <http://168.96.200.17/ar/libros/tar115/index115.html>

LA NUEVA AGENDA*

Fernando Henrique Cardoso**

**Tomado de *Clarín* y Agencia O Globo, 2003. Traducción de Silvia S. Simonetti.

El nuevo siglo está ávido de una *nueva agenda*. No porque el tiempo haya transcurrido sino porque en este tiempo el mundo cambió, la economía cambió, las fuerzas sociales y políticas cambiaron y hasta la propia cultura cambió. *Cambiar no quiere decir mejorar*. Sólo quiere decir que los condicionamientos para la acción son otros y que los objetivos en mente (buenos o malos) también son otros.

En el plano internacional, después del 11 de septiembre, de la guerra de Afganistán y de la invasión a Irak, quedó en claro que en términos de fuerza hay un actor —y sólo uno— que predomina y define de forma unilateral los términos en que actuará, y que cuenta con la capacidad como para hacerlo.

Estados Unidos es el nuevo poder hegemónico. Unilateralistas en la acción, universalistas en los propósitos. Sería un engaño pensar que actúan movidos nada más que por un hiperrealismo cínico. El liderazgo político ejercido por la hiperpotencia, como la definió el ex canciller francés Hubert Védrine, se orienta a través de la convicción moral de que Estados Unidos están construyendo un orden mundial liberal y que ésa es su misión.

En el instigador, además de cínico, libro de Robert Kagan, *Of Paradise and Power* (Acerca del paraíso y el poder), queda clara la relación entre el realismo alimentado por los intereses nacionales permanentes de los norteamericanos (sobre todo, después de la inseguridad provocada por el ataque a las Torres Gemelas) y la necesidad de mantener un *decente respeto por la opinión de la humanidad*, inspirado por los “padres fundadores”.

Europa, por otro lado, en la visión del autor, se aparta del ejercicio de la “política del poder”, que le resultó siempre un valor tradicional, se encasilló en la prosperidad (el paraíso) y vive el encantamiento de la búsqueda kantiana de la *paz perpetua*. No aumenta los gastos militares ni asume responsabilidades interviniendo en los conflictos.

La solución para conciliar ambas visiones del mundo sería, como en la propuesta del inglés Robert Cooper, aparecida en *The Observer* de abril del año pasado, la aceptación por parte de los europeos de la *política de doble patrón de juicio* ejercida por los norteamericanos. Existe un mundo “premoderno”, hobbesiano, y es por eso que los europeos, posmodernos y kantianos, deberían ser comprensivos cuando la hiperpotencia trata al mundo sin respeto por la ley ni el orden internacional. Con el tiempo, el expansionismo de los valores occidentales permitirá crear las bases para un orden universal “aceptable” y para que *el multilateralismo pueda prevalecer*.

Como Europa es, más que parte de Occidente, su cuna, Estados Unidos no se debe olvidar de este fundamento de su propia alma. En ese doble imperativo moral —de generalizar los valores liberales, progresistas y humanitarios de Occidente y de no desdeñar sus fundamentos históricos— es en donde se basaría la esperanza de un mundo mejor.

¿Será así?

No es ésa la opinión europea. Javier Solana, el encargado de Relaciones Internacionales y Seguridad Común de la Unión Europea, tiene otra visión sobre el papel de Europa y sobre el mundo. *Solana cree que Europa está preparada para ser un actor global*. Desde el punto de vista económico, el euro desempeña una función importante como valor de reserva (compite, sin embargo, con el dólar) y el comercio europeo es mundial. Habría creado, además, una capacidad militar operativa para mantener la paz y actuar en el manejo de las crisis, independientemente de la OTAN (en donde existe la presencia norteamericana).

En opinión de Solana, *el desafío a la seguridad deriva, en primer lugar, de la pobreza* (el odio de los que nada tienen contra los que todo lo poseen fundamenta los ataques y las amenazas); en segundo lugar, de los fracasos económicos (los conflictos surgen cada vez más a partir de Estados quebrados); en tercer lugar, desde el fin de la segunda guerra mundial se incrementó el peso de las diferencias étnicas y religiosas y, en cuarto lugar, las partes en conflicto no disponen de ejércitos profesionales a su servicio.

Europa debe comprometerse con los conflictos no para poner, por la fuerza, orden en la casa y homogeneizar el mundo, sino para que “los derechos humanos fundamentales sean respetados, para que los gobiernos sean responsables de sus actos y para que se respete la ley en los países”. *La ley —y esto lo digo yo— de cada uno de los países y no la ley de los próceres* que, con gran visión, crearon Estados Unidos de América y sus líderes actuales proponen como universal.

En una columna no hay espacio como para seguir con la presentación de visiones alternativas ni para mencionar otros cambios que se vienen produciendo en este tramo del siglo.

Hay algo sin embargo que queda claro. *Hay una sola superpotencia. Pero no hay una sola visión del mundo*, ni un solo objetivo. Y en esta diversidad hay espacio para nuevas voces. Sin embargo, éstas, para ser escuchadas, necesitan estar en armonía con el mundo actual. *Ya no hay lugar para tercer o cuartomundismos*.

Un país como Brasil, que sigue el rumbo de la propuesta europea, puede propugnar, aun reconociendo de forma realista, la fuerza de las cosas (el poder económico, militar y cultural de Estados Unidos) un “pacto entre las naciones”. La Conferencia de San Francisco y la ONU fueron resultados de “un pacto entre Estados”. Como menciona Javier Solana, y es sabido, los conflictos, hoy, tienen lugar, con frecuencia, por causa de diferencias religiosas o étnicas, y todo eso basado en la lucha contra la pobreza y en el sentimiento (legítimo) de exclusión.

Brasil, nación pluricultural y plurirracial, mestiza, con una economía “emergente”, tiene la fuerza moral para entrar en escena como parte de Occidente, aunque sea el extremo Occidente, rechazando la pura “política de poder”, *defendiendo el multilateralismo*, reivindicando el acceso a los mercados, a la cultura y a la tecnología pero *sin dejar de repudiar con fuerza los riesgos de la teocracia, del terrorismo, de las dictaduras, de los populismos*. Estos no sirven de base al ideal kantiano de paz perpetua.

Cualquier indulgencia con tales prácticas, en nombre del antiamericanismo o de “formas alternativas de desarrollo económico” u otras “utopías regresivas”, en lugar de posicionarnos para el ejercicio del liderazgo nacional, o global, nos va a condenar a la irrelevancia. En este sentido, el mundo cambió y mucho. *No hay margen para las ambigüedades ni las fantasías*.

Pero existen espacios para ampliar, al lado de la fuerza de los Estados, los pactos entre los pueblos, aceptando la diversidad cultural y las formas de organización de las sociedades, respetando los valores realmente fundamentales de la humanidad, como propusieron los emisarios del Siglo de las Luces. A eso llamo yo “pacto entre las naciones”.